



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LOS PUERTOS

Decían de los marineros que en cada puerto tenían un amor. Un amor al que eran fieles por una versión cotidiana y premonitoria de la cuarta dimensión –el espacio tiempo– de la física moderna. En efecto, nada más espaciotemporal que la estancia en un puerto, y nada más moderno que esa fidelidad entrecortada e intensa del amor de atraque. “Nunca querré a nadie más que a ti en este puerto” no deja de ser una declaración de amor que, como todas las verdaderas declaraciones, instaure fide-

lidades, por muy espaciotemporales que sean. Tal vez se pregunten adónde quiero llegar. Yo también me lo preguntaría. Pero no les responderé, porque pertenezco a la estirpe de los narradores a los que gusta empezar las historias desde lejos. Desde el punto de vista narrativo, antes de cada pensador hay un presocrático, antes de cada palabra hay una etimología, y antes de gallina hay un huevo que viene de otra gallina que a su vez procede de etcétera.

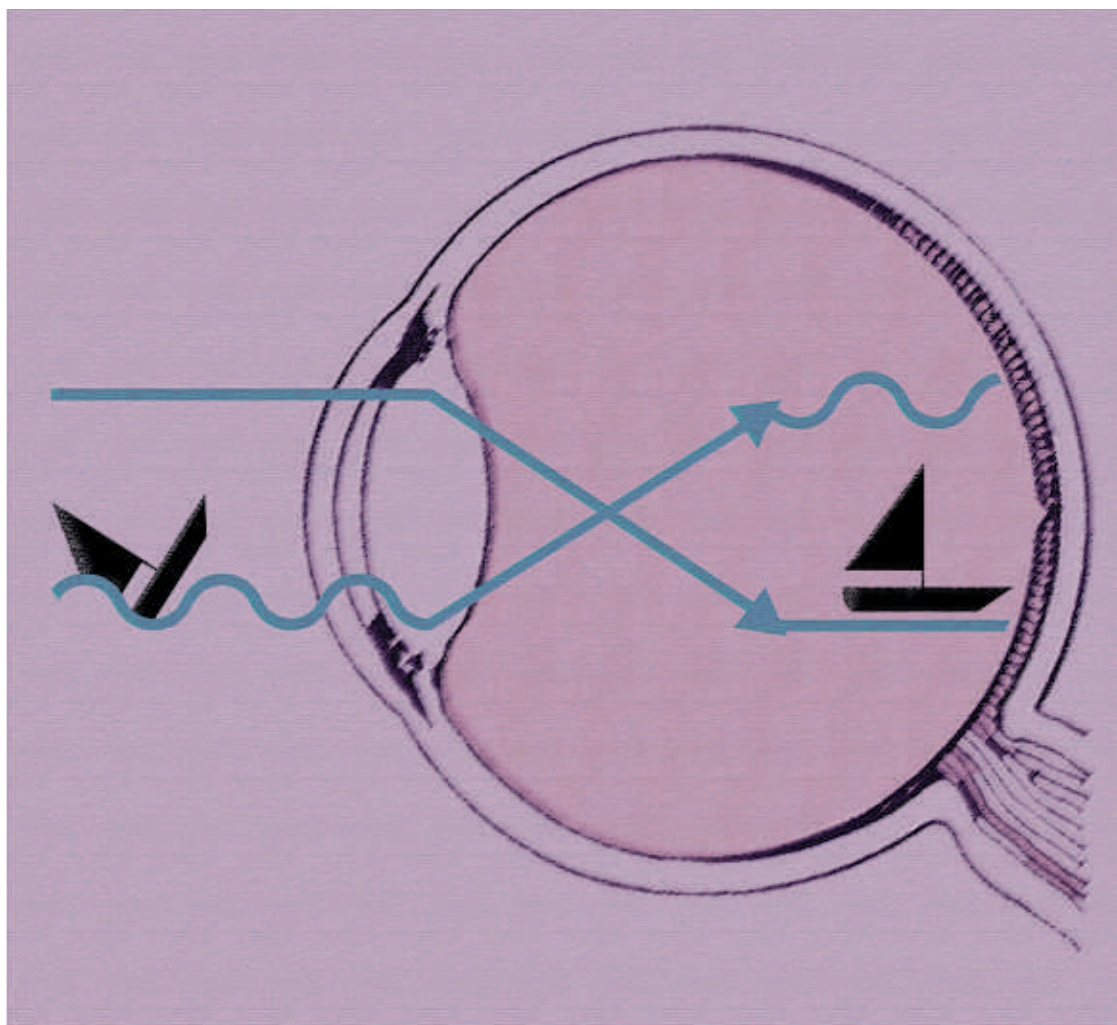
Lo anterior viene a cuento por que en el plano intelectual me siento un poco marinero. Por eso me gusta mi apellido y por eso frecuento las metáforas que tienen que ver con el mar. También yo tengo amores en muchos puertos, a los que visito según me surgen las singladuras. He estado una temporada atracado en puerto con una de mis amantes: la neurología. De mis relaciones ha nacido un niño: *El cerebro infantil*, dado a luz en la editorial Ariel.

Y ahora acabo de desembarcar en otro puerto, donde me espera la economía. Pero acabo de sufrir un ataque de sus celos, porque le he hablado de la lingüística, que es la amante que me espera en otro puerto, y esto le ha parecido desleal. Forma parte de la ética del marinero no mencionar nunca las vidas en otros puertos. Pero no era mi intención molestarla. Sólo había dicho que la lengua y el dinero me parecen los dos grandes sistemas simbólicos creados por la inteligencia humana. Y se lo ha tomado muy mal. Y lo peor del caso es que yo sólo quería explicar que las palabras, como el dinero, pueden ser devaluadas o reevaluadas, que en ambos casos se pueden dar cheques en blanco, y que todas las letras son “letras de cambio”, por lo

FORMA PARTE DE LA ÉTICA DEL MARINERO EL NO MENCIONAR NUNCA LOS AMORES QUE TIENE EN OTROS PUERTOS

que se pueden estudiar en comercio o en gramática, y en ambas situaciones girar letras fraudulentas. Quería hablarles en este artículo de la palabra *aristocracia*, que significaba “el gobierno de los mejores”, y de por qué se había devaluado al convertir un logro personal en una propiedad hereditaria, como un cortijo o una enfermedad. Quería hablarles

también de que frente al falso elitismo de sangre, la Revolución Francesa había impuesto el elitismo del mérito, la *meritocracia*, y cómo esta palabra se había devaluado también. Pero al comenzar a escribir me he tropezado, como ven, con otro problema. ¿Qué tienen de común el lenguaje y la economía? Pues que funcionan con símbolos que sirven para el intercambio. Un símbolo es algo que está en representación de otra cosa. Una palabra está en representación de lo significado, y un billete en representación de lo que se puede comprar con él. Los símbolos sólo existen en la inteligencia que los piensa, son irrealidades. Por eso, la economía financiera –que trabaja sólo con dinero– es una economía irreal, simbólica, evanescente, burbujeante. Me parece que eso explica parte de la crisis actual. Ha habido más palabras que realidades. Las páginas de *ES* son amplias, pero me he metido en camisa de once varas. De la aristocracia, o, mejor dicho, de la excelencia que es su traducción actual, les hablaré la próxima semana. ■



Raúl